

Dos poemas

JOAN MIRO BAJO LA LUNA

Desde la ventana veo cómo la línea blanca se curva,
Se enreda y permanece en el seno que se abre,
Se desenreda y al fin es el pezón del punto,
Su desafío inútil, la conceptualización
De lo invisible, la vicisitud
De lo indeterminado desenredando lo invisible.

Ahora son cuatro flechas sin su carcaj,
Sin el desliz de su codicia, sin la vírgula
Que queda bailando solitaria en el vacío de lo negro,
Sin su amantísimo veneno.

Arriba todo es azul, dos cachos cayendo
Desde una luna que quisiera desaparecer, dos cuernos
Sobre los cuatro abismos de dos senos grávidos
Y espinudamente colosales. Cada seno es su angustioso vacío,
Su angustioso juego entre los picos y las flechas blancas
Que se curvan veloces hasta ser el gran pezón
Sin su pestaña, volando con júbilo, con todo lo gato
Hacia la boca, como fiel guardián de tumbas y de templos.

Doble círculo en el pezón de la locura, chistoso
Seno inexistente. Salgo a la calle, me visto de salvaje
Y lunático me arrodillo para ver el sol entre la lluvia,
Su mecanismo de expansión imperial, la tortura
De su fuga hacia el rojo.

EL MIEDO

Los hombres son cada día más astutos, menos audaces.
¿Cuándo se darán cuenta de que en la duda
está el tormento contra la duda y su vértigo?
Por eso este suplicio del oscuro en lo que digo:
tal vez mis únicas dudas nacen del metabolismo
y de la mística, y entonces no sé si lo sonoro
es remordimiento o me avergüenza la vergüenza:
tengo miedo de haber vivido
Y no saber por qué la boca se cierra y se cierra.
¿Quién se atreve a confesar su primer asco?
Reconozco que siempre estará lloviendo
pero ¿quién se atreve a decir que en el abismo
de su ombligo se esconde un nuevo ombligo?
Nadie es tan libre todavía:
¿dónde está el animal que canta?